

c) Finalmente, en las pp. 125-137 encontramos un sugestivo relato de los últimos acontecimientos acaecidos en relación a las recientes transformaciones habidas en los países del Este. Para ello, Jean-Luc Chabot se hace eco de discursos importantes que el Papa ha pronunciado al respecto. Dada la vertiginosa velocidad con la que se han sucedido los hechos, este interesante apartado, que sólo llega hasta abril de 1990, no incorpora en su descripción momentos tan cruciales de nuestra era, como ha sido la desaparición del Estado soviético, etc.

En fin, el lector que esté iniciándose en la doctrina social de la Iglesia encontrará en la obra de Jean-Luc Chabot un instrumento sencillo, práctico y de buen nivel, para adquirir un conocimiento notable en esta materia. A los expertos les ofrece la posibilidad de una lectura rápida y amena de cuestiones conocidas, pero con una presentación atrayente y actual, con espacio para las cuestiones sociales concretas de hoy y ahora.

A. CAROL

AA.VV. *Cristianesimo e Cultura in Europa. Memoria, coscienza, progetto*, Atti del Simposio presinodale (Vaticano 28-31 ottobre 1991), CSEO, «Il Nuovo Areopago» anno 10, nn 3-4, 1991, 368 pp., 14,5 x 21.

Este número doble de «Il Nuovo Areopago» recoge las actas del simposio convocado por el Pontificio Consejo para la Cultura, como contribución preparatoria al Sínodo extraordinario de Obispos de Europa que, sobre la nueva evangelización del continente, se celebró en noviembre de 1991.

Las comunicaciones —45 en total— se articularon en torno a los fundamentos y las raíces comunes de Europa, el proyecto de la nueva evangelización, y la conciencia del momento, tanto por lo que se refiere a las fuerzas operantes como a los desafíos presentes. Participaron intelectuales, académicos y escritores de todo el ámbito europeo, y algunos miembros de iglesias ortodoxas. El Cardenal Pouppard presenta las actas, pronuncia el discurso de apertura y ofrece una síntesis conclusiva. El volumen termina con el discurso dirigido por Juan Pablo II a los participantes.

Numerosas contribuciones tienen un marcado acento local-nacional, con testimonios de una experiencia martirial de creyentes que han vivido su cultura cristiana en un clima adverso, descalificador por principio o coactivamente hostil. No faltan numerosas referencias a la nueva situación creada al recobrar espacios de libre expresión. Como ocurrió posteriormente en

el Sínodo de los Obispos, estas intervenciones tienen gran interés, y merecen la lectura directa.

En torno a la memoria común, habría que reseñar la aportación de Rémi Brague, que pone de manifiesto la original presencia del cristianismo: es más una forma que un contenido de la cultura europea. La forma que permite existir a otros contenidos en Europa.

¿En qué sentido el cristianismo es la memoria común de Europa cuando muchos de los valores cristianos están desconectados de sus raíces? ¿Y los que están enraizados en su verdadero suelo nutricio, no son más bien valores ecuménicos? R. Spaemann se enfrenta a la presente muerte de la utopía con la única alternativa posible: o el retorno a Dios, o el nihilismo banal. Pero la presencia de Dios en la sociedad es el centro de toda cultura. Y la contribución cultural de la Iglesia, en primer lugar, es testimoniar esta presencia, que permite la trascendencia del hombre, y que en su forma teórica es el «mito» y en la práctica la ética, que derivan del intercambio del mundo divino y humano, del *admirable commercium* de la economía salvadora. El «mito» cristiano, frente al pagano, es, a la vez, verdad histórica, que se difunde de persona a persona, y es la contribución práctica más decisiva del cristianismo para una cultura humana.

A. Bausola reflexiona sobre la paradoja de que los derechos de libertad, los derechos de conciencia, que el cristianismo lleva consigo como su matriz natural, hayan sido reivindicados frente a él por el Iluminismo. Es preciso que la solidaridad medie entre la libertad que crea diferencias, y la igualdad que reclama vínculos, para evitar el exceso de diferenciación. La solidaridad auténtica, en términos de fraternidad, implica una común y universal paternidad. Del reconocimiento de errores —el recurso a la fuerza mundana como soporte del poder espiritual— hay que llegar a la eliminación de los motivos de escándalo. El irrenunciable reconocimiento de la libertad religiosa no puede ir acompañada de una renuncia a proponer la verdad, y a proponerla además con testimonios prácticos de vidas que realicen la verdad en libertad. Esta proposición no puede ser ni fundamentalista ni intolerante: porque el mensaje evangélico —al margen de deformaciones históricas— tiene en su propio contenido la libertad de adhesión a la ley. Los cristianos podrán contribuir sustancialmente a la superación del reduccionismo y del cientifismo, y al crecimiento cultural multidimensional, conjugando libertad y responsabilidad, ciencia y sabiduría, también frente a nuevos problemas como el de la relación de Europa con el sur del mundo.

J. Marias centra su aportación sobre la originalidad de la concepción de la persona, iluminada por el misterio trinitario y cristológico, y pone de re-

lieve el trascendental carácter dramático de la muerte —frecuentemente descuidado en la predicación— y el carácter de elección de vida con que vivimos la presente. Se ha difundido una concepción del hombre que destruye su imagen personal, lo ve como cosa entre las cosas, sin libertad, sin posibilidad de decisión, condicionado por la herencia y las estructuras sociales, sin horizonte y encaminado a la destrucción orgánica. Sin embargo, en este siglo hay un pensamiento antropológico muy valioso y distante de ese masificado modo de pensar, y a veces en situación de mal entendimiento con el pensamiento cristiano, que le sería tan vecino.

En opinión de R. Buttiglione el problema cultural de nuestro tiempo es una exacta definición del marxismo y de su puesto en la cultura europea, y de las líneas implicadas en su desmoronamiento. Sólo un trabajo así podrá impedir que soluciones ya experimentadas como falsas, vuelvan a proponerse como en un círculo vicioso de la historia de la cultura. En este sentido, el marxismo es el ápice del racionalismo europeo, especialmente del continental. Y desmoronada la utopía, permanece, en cambio, el materialismo del que nace una sociedad aún más disoluta, porque ha perdido cualquier fundamento ideal. Permanece una ideología de la crítica escéptica, que niega la distinción entre utopía inmanente y utopía trascendente; y emerge un idealismo progresista que ve el desmoronamiento del comunismo como un momento del progreso iluminista: crítica al comunismo, no por su carácter ateo, sino porque todavía tenía un elemento religioso no absorbido plenamente en la inmanencia. La dirección que ve más lúcidamente es la que habla del fin de la modernidad y del inicio de una época postmoderna. Esto permite pensar un nuevo encuentro entre cristianismo y modernidad. Los valores modernos no son falsos pero estaban desarraigados de las raíces de su vitalidad, por cuanto Dios era concebido de modo exclusivamente inmanente. Queda abierta la vía del cristianismo de la modernidad.

N. Lobkowicz compara la situación presente con la del siglo pasado; hoy no es posible la constitución de un «mundo católico» paralelo, y esto exige que la evangelización se dé en cada uno de nosotros. Pero también ha cambiado la fe en la ciencia, y la confianza en el progreso pasa por una profunda crisis. Los obstáculos a la nueva evangelización no vendrían del racionalismo cientifista, ni del progresismo, sino, sobre todo, del enraizamiento de un número creciente de hombres en la pura inmanencia, compatible con un cierto sentido ético, que no permite extender, sin más, los juicios sobre el hedonismo o el consumismo.

El intento de síntesis del Cardenal Pouppard pone de relieve cómo, de hecho, el patrimonio cultural cristiano está plamado por la fe en Jesucristo. Las pruebas pasadas han hecho descubrir con más vigor el valor de

la conciencia. Y hemos descubierto valores de la modernidad que tienen sus raíces en el cristianismo. Porque parten de una herencia común, las culturas nacionales no dividen, sino que enriquecen y favorecen la apertura universal de Europa. En cuanto al proyecto: es necesario presentar en su total integridad y en su potencialidad intelectual el sentido cristiano del mundo; y en esta tarea es necesaria la mediación de la filosofía; el culto es la primera forma de mostrar el misterio en su belleza y santidad, y de proponer la imitación de Cristo y de María Virgen y los santos; el ethos cristiano, fundado en el sentido de la dignidad de la persona humana, es el único que puede oponerse a la descomposición del hombre en un espiritualismo evanescente o en un naturalismo que anule la identidad espiritual.

Las palabras dirigidas por S. S. Juan Pablo II a los participantes en el Simposio, quieren ser una ayuda, en un momento en que Europa se encuentra en una encrucijada. El Papa manifestó su gratitud por el trabajo realizado, por la participación de los intelectuales ortodoxos y su alegría ante la posibilidad de respirar con los dos pulmones el patrimonio cristiano común. La cultura europea, recordó el Papa, no puede ser edificada al margen del cristianismo. Europa, plasmada por la palabra de Dios, ha jugado en la historia un papel único y su cultura ha contribuido fuertemente al progreso de la humanidad. La cultura europea está sellada por el sentido de la trascendencia de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, abierta a la dimensión de la eternidad. Es necesario inspirarse en la fidelidad al patrimonio heredado para encontrar nuevos caminos, sin ceder a la nostalgia del tiempo ya pasado. La Iglesia sabe que libera al hombre cuando le abre el acceso al Misterio de Cristo salvador. Y ahora hay que ayudar al hombre europeo a descubrir la grandeza de su vocación, la riqueza de sus raíces; es necesario restablecer los vínculos entre los valores del mundo y su fundamento cristiano. Sólo una cultura cristiana renovada ayudará a superar traumas, y a construir la civilización del amor y de la verdad a la que Europa aspira.

E. PARADA

Wilhelm SCHNEEMELCHER, *Neutestamentliche Apokryphen, Vol. I Apostoliches Apokalypsen und Verwandtes, Vo. II*, («6 Auflage»), («5 Auflage»), J.C.B. Mohr, Tübingen 1990, 1989, 442 y 703 pp., 24 x 16.

La traducción alemana de los apócrifos del Nuevo Testamento, publicada en 1904 por E. Hennecke, ha sido actualizada y completada en su-